

## Estalinismo en guerra ¿el fin justifica los medios?

**Durante la Segunda Guerra Mundial, ningún Estado padeció tantos muertos ni tanta destrucción como la Unión Soviética que, sin embargo, se erigió en actor fundamental para la victoria aliada. A pesar de las purgas, a pesar de las hambrunas, a pesar del Gran Terror y de sus muchos errores, ¿fueron las despiadadas políticas de Stalin necesarias para preparar al país para el desafío que estaba por llegar? ¿Cómo moldeó esta traumática experiencia a la sociedad soviética, y cómo sigue condicionando y obsesionando a la Rusia de Putin?**



Estalinismo en guerra 1937-1949  
978-84-124830-2-4  
304 páginas  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 24,95 €

Del estallido de las hostilidades con Japón en Manchuria a la Guerra de Invierno con Finlandia, de los albores de la Segunda Guerra Mundial en el este de Europa a la devastación de la invasión alemana, del inexorable avance hasta las mismísimas ruinas de Berlín a la sangrienta contrainsurgencia en las fronteras de Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos, la experiencia bélica de la Unión Soviética de Stalin fue mucho más larga, extensa y compleja de lo que tradicionalmente se ha considerado. A partir de las dramáticas experiencias tanto de ciudadanos corrientes como de aquellos que tuvieron un devenir extraordinario en el conflicto, ya fueran rusos, coreanos, ucranianos y judíos, lituanos y georgianos, hombres y mujeres, leales estalinistas y críticos del régimen..., el aclamado soviétólogo Mark Edele desafía el relato tradicional de la Segunda Guerra Mundial y nos revela cómo, a pesar de los estragos desatados por las purgas del Gran Terror, el implacable régimen estalinista fue capaz de construir una maquinaria militar tremendamente ineficiente, como atestiguan los millones de bajas sufridas y las toneladas de material militar perdidas, pero, sin embargo, sumamente eficaz: entre 1937 y 1949, el Ejército Rojo emergió victorioso de todos y cada uno de los enfrentamientos en los que se vio sumido y se convirtió sin duda en actor fundamental para la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Una narración que entretiene un fascinante retrato social y cultural con el fragor de la alta política, la trayectoria militar y las transformaciones económicas de los años de la guerra. El resultado es una documentada, atractiva e inteligente crónica de la Unión Soviética en tiempos de Stalin.



**Mark Edele** es catedrático de Historia en la Universidad de Melbourne, de la que también es decano adjunto en la Facultad de Artes, donde imparte historia de la Unión Soviética, de la Segunda Guerra Mundial y de las dictaduras y democracias en los siglos XIX y XX. Especialista en la historia de la Unión Soviética y sus Estados sucesores, es autor de obras como *The Soviet Union. A Short History*, *Debates on Stalinism* y *Estalinismo en guerra 1937-1949*.

En librerías el **miércoles 31 de agosto**. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y aquí para consultar nuestro [Catálogo de publicaciones](#).

### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA



# SE HA DICHO SOBRE ESTALINISMO EN GUERRA 1937-1945

«Un relato del conflicto escrito con viveza provisto de una serie de conclusiones convincentes, aunque contradictorias, acerca de la guerra [...] Es una innovadora ruptura con el relato tradicional –como Edele tiene el cuidado de señalar– de la gran cantidad de personas que lucharon y murieron en estos teatros de operaciones que, por lo general, ha sido obviada [...] Edele escribe con una viva elegancia que torna la lectura de la narración en un verdadero placer. Su renuencia a empantanarse en las minucias de la guerra o a tomar partido en oscuros debates historiográficos mantiene el texto fresco y legible [...] Lo que ofrecen [los capítulos] es la rica historia humana de un conflicto inhumano, magistralmente contada y convincentemente reinterpretada».

Felix Light, *The Moscow Times*

«Edele justifica la inversión de dólares de sus lectores, o más bien de rublos. Una obra de recomendada lectura. Para los estudiantes de historia y estrategia, *Estalinismo en guerra* amplía nuestra perspectiva de la inmensidad y multiplicidad de líneas temporales y líneas de frente por las que lucharon los soviéticos durante la contienda más terrible de la historia. Para los estudiosos de la condición humana, la saga de opresión, deportación, masacre y batalla de Edele deja claro lo fáciles que son nuestros males de la era covid en comparación con el impacto que soportó una generación cuyos últimos y pocos supervivientes aún comparten la tierra con nosotros».

Andrew Salmon, *Asia Times*

«Un verdadero *tour de force*, este libro entrelaza la gran estrategia soviética, la geopolítica de la Segunda Guerra Mundial, la historia social y económica y, por supuesto, la militar [...] Mark Edele ha hecho una contribución considerable a la erudición acerca de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial, así como del periodo estalinista de la historia soviética. Es muy recomendable para especialistas en estas áreas, así como para aquellos que buscan una digna introducción. Su armazón de varias capas de la historia del periodo es un verdadero modelo para la erudición futura».

*Journal of Slavic Military Studies*

«*Estalinismo en guerra* es una excelente y detallada historia general de las URSS en los años 1937-1949. En particular, argumenta con éxito que la participación soviética en la Segunda Guerra Mundial incluyó a Asia, a partir de la década de 1930, y que esta fue extremadamente destructiva debido a las acciones tanto del Eje como del régimen de Stalin. Este marco más extenso y más amplio se ajusta mejor a la historia doméstica de la URSS que los trabajos anteriores en torno al tema».

*Michigan War Studies Review*

«Esta nueva historia vívida, clara y accesible vuelve a concebir la participación soviética en la Segunda Guerra Mundial como un cataclismo euroasiático que se inició en el este en 1937 y terminó con el cese de las insurgencias de la posguerra en 1949. Con pie firme en la historia militar, internacional, política y social, Mark Edele incorpora sus contribuciones históricas en una síntesis a un nuevo vasto cuerpo de erudición. Esta nueva visión, traída a la vida a través de un caleidoscopio de relatos biográficos, es esencial para todos los interesados en el estalinismo y la Segunda Guerra Mundial, los cuales aún hoy persiguen a Rusia y al mundo postsoviético».

Michael David-Fox, profesor de Historia, Georgetown University

«Edele ofrece una nueva y estimulante interpretación del acontecimiento central de la historia soviética –y de la mayor contienda en el registro histórico– que desafía a la cronología y geografía propias que típicamente lo enmarcan. Teje una narrativa muy legible que alterna lo personal y lo épico con habilidad sin perder el ritmo narrativo».

Brandon Schechter, ayudante de profesor visitante de Historia, Columbia University

# RECORRIDO POR ESTALINISMO EN GUERRA

## EN POCAS PALABRAS

*Estalinismo en guerra* plantea una revisión de la «Segunda Guerra Mundial soviética» presentada como una prolongada contienda euroasiática que abarca de 1937 a 1949. Sin embargo, ello no significa negar el carácter central de la experiencia del conflicto germano-soviético. Por el contrario, lo sitúa en un marco geográfico e histórico más amplio. ¿Qué implica este nuevo enfoque para nuestra comprensión de la Segunda Guerra Mundial soviética?

En primer lugar, el rol del frente oriental soviético es mucho más crucial, así como el papel de China en este conflicto global. En segundo lugar, el desplazamiento de población es un tema central del presente libro. Ya fueran soldados, personas movilizadas para trabajar, deportados, reos enviados al gulag, refugiados, evacuados y reevacuados, plenipotenciarios y enviados especiales, en la Unión Soviética en guerra casi todo el mundo estaba en movimiento. En tercer lugar, la Segunda Guerra Mundial soviética fue multinacional. Pese a que tanto los observadores de la época como los historiadores posteriores hablaron de «la guerra rusa», cerca de la mitad de la población soviética, un porcentaje importante de las fuerzas combatientes y más de la mitad de las víctimas civiles no eran rusas. En cuarto lugar, la vertiente totalitaria y represiva de la Segunda Guerra Mundial soviética, que numerosos historiadores han resaltado en las fronteras occidentales, tuvo como contrapartida una experiencia de unión absoluta que obedecía a una dinámica propia.

Para ello, la presente historia de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial combina el relato de las operaciones militares y de la política internacional con el estudio de la economía, la cultura y la sociedad durante los años de conflicto, con una perspectiva que oscila constantemente desde el relato individual a la historia general de la que forman parte sus protagonistas.

## UNA PERSPECTIVA AMPLIA

El presente libro desarrolla estos temas en nueve capítulos, más o menos cronológicos, cada uno de los cuales responde a una cuestión diferente en torno a la Segunda Guerra Mundial soviética.

El **Capítulo 1** plantea si la Unión Soviética estaba preparada para la guerra cuando esta estalló. La respuesta es ambigua: las políticas estalinistas de la década de 1930 ayudaron y dificultaron a un tiempo los preparativos bélicos: la forma estalinista de conducción bélica era, a un tiempo, efectiva pero ineficiente; el terror, concebido como parte de la preparación para la guerra, tenía efectos adversos sobre la disposición para el combate.

El **Capítulo 2** narra la historia de la fase, a menudo olvidada, durante la cual Stalin logró evitar una grave amenaza que le causaba profunda preocupación: un conflicto en dos frentes. Se pregunta qué rol desempeñó la Unión Soviética en la guerra

asiática de 1937-1939. Durante esta fase, las políticas de Stalin fueron destructivas en el interior, pero cruciales en el frente internacional. El auxilio soviético ayudó a China a resistir a Japón y la victoria soviética en la contienda fronteriza de 1938-1939 impulsó a Tokio a emprender una «estrategia meridional» que mantuvo en calma el frente oriental soviético hasta 1945 y empujó a Japón al choque con Estados Unidos. Por tanto, las acciones soviéticas del periodo fueron esenciales para la historia posterior del conjunto de la Segunda Guerra Mundial.

En el **Capítulo 3**, que abarca 1939-1941, la acción principal se traslada del este al oeste. Responde a la pregunta acerca del papel de los soviéticos en los compases inaugurales de la contienda europea. Fueron los años de la alianza con Alemania, cuando los soviéticos actuaron con agresividad en el este de Europa y no solo anexionaron tierras extranjeras, sino que también las sometieron a un terror totalitario a gran escala. La ambivalencia con la que muchos ven este periodo en la actualidad está arraigada en la experiencia de esos años, que fueron profundamente turbadores para muchos ciudadanos soviéticos. En las tierras fronterizas, se caracterizaron por la violencia y la conquista extranjera. Aunque también fueron tiempos inquietantes en la vieja Unión Soviética. ¿Cómo podía uno explicar una situación en la que un supuesto Estado antifascista, antiimperialista y socialista hacía causa común con los nazis y ocupaba tierras vecinas por la fuerza de las armas? Las tácticas estalinistas habían sido dictadas por el oportunismo: quería ganar tiempo, incrementar la extensión de su Estado y esperar que la situación fuera favorable. Como veremos, tal estrategia fracasó y la expansión hacia el oeste dejó a los soviéticos más vulnerables que antes de 1939. Es más, era difícil vender esta cínica *realpolitik*, por lo que el liderazgo soviético tuvo que esforzarse por hallar una fórmula que explicase sus acciones no solo en el terreno internacional, sino también en el doméstico. La explicación final que se dio fue que la expansión soviética no era imperialismo, sino liberación nacional: liberaba a hermanos eslavos (ucranianos, bielorrusos) de la opresión polaca. Si bien esta lógica no podía argüir la anexión de los países bálticos o la agresión contra Finlandia, apuntaba a las pautas del futuro: el principio etnonacionalista constituyó un aspecto central en el futuro trazado de las fronteras de posguerra.

El **Capítulo 4** se ocupa del primer periodo de la contienda germano-soviética, esto es, 1941-1942. Se pregunta qué causó la catástrofe y cómo se sobrevivió a ella. Como el propio Stalin reconoció en un momento de debilidad, el caos inicial fue culpa suya. Había debilitado al ejército en el Gran Terror; había apoyado y suministrado a los alemanes desde 1939; se había negado a creer que el ataque era inminente. Los preparativos bélicos fueron desbaratados y el sentimiento antisoviético generalizado de la población –causado por el terror contra sus propios habitantes, iniciado con la colectivización de 1929 y la ocupación terrorista de las fronteras occidentales en 1939– no

contribuyó a preparar al país para su defensa. Y la respuesta inmediata de Stalin fue más terror, lo cual desestabilizó aún más la situación. Sin embargo, el dictador no se rindió, como tampoco lo hizo un núcleo de partidarios incondicionales procedentes de todos los territorios soviéticos. A pesar del desastre general y del completo caos, continuó habiendo una resistencia decidida. La táctica de algunos elementos del Ejército Rojo de contraatacar sin tregua aterraba a los soldados germanos. Además, como aceptan cada vez más historiadores, también quebró el esfuerzo bélico germano ya durante la primera mitad de la contienda: en las postrimerías de 1941, Hitler había perdido la guerra en el este, aunque todavía no lo sabía.

Cómo fue posible esta notable recuperación se explora en el **Capítulo 5**. En este se muestra que el régimen soviético experimentó un proceso dual de centralización (de toma de decisiones) y de descentralización (de su implementación). Mientras los individuos y sus familias sorteaban las grietas y fisuras del sistema de movilización, el Gobierno soviético se recuperó del *shock* de las primeras semanas, consolidó la estructura bélica y empezó a movilizar el país. El dictador representó un papel vital en este esfuerzo, como clave de vuelta de todo el sistema y como símbolo de un gabinete fuerte y decidido. Aunque no actuó solo. Su dictadura se tornó mucho más flexible de lo que lo había sido antes del ataque germano, lo cual permitió una movilización masiva de recursos para la defensa. Las contradicciones de la guerra estalinista, sin embargo, también se anularon mutuamente.

En el aspecto positivo, el que Stalin evitase una contienda en dos frentes generó dividendos: oriente permaneció en calma y se pudo relocalizar allí industria y entrenar tropas para el combate en el oeste. Los líderes soviéticos habían ganado una valiosa experiencia en la gestión de crisis gracias a las perturbaciones internas que sus preparativos bélicos habían provocado desde el mismo año de 1929. Su habilidad para la resolución de problemas ayudó al «equipo» de Stalin durante el caos bélico. La industrialización a marchas forzadas para la creación de una industria pesada también dio sus frutos: los soviéticos superaron la producción del enemigo con cifras masivas de equipamiento estandarizado. Y la dictadura era lo bastante fuerte como para movilizar a la gran mayoría de la población para combatir o para trabajar por la victoria. En el aspecto negativo, no obstante, la pobre productividad de la agricultura soviética fue exacerbada por los efectos de la contienda, de modo que el hambre fue la compañera constante de la ciudadanía soviética durante la guerra.

Los dos capítulos siguientes abordan la siguiente pregunta complementaria: ¿por qué la Unión Soviética ganó la guerra? El **Capítulo 6** abarca los años 1943-1945, una época de triunfo contra la Alemania nazi primero y después contra Japón. Presenta argumentos que confirman la importancia capital del esfuerzo bélico soviético en la victoria en Europa y explora la importancia de la ayuda y del apoyo aliado en los éxitos soviéticos. También debate el papel menor que los soviéticos desempeñaron en la victoria en el enfrentamiento en Asia y vuelve a recordar al lector el papel de China a la hora de

cubrir las espaldas de Stalin. Analiza los orígenes de la crisis alimentaria en tiempo de guerra y la importancia del trabajo forzoso en el esfuerzo bélico.

El **Capítulo 7** pasa de la historia económica a la cultural. Nos muestra cómo y por qué una proporción creciente de ciudadanos soviéticos apoyó el esfuerzo bélico de Stalin contra Alemania. La represión, por sí sola, no ganó la contienda. Incluso durante los oscuros días de 1941, cuando Stalin optó por aumentar la represión para salvar el régimen, podía seguir contando con un núcleo de partidarios incondicionales en todos los niveles de la jerarquía política y social. En todas partes –desde las trincheras al Kremlin, desde las fábricas al aparato del Comité Central– había hombres y mujeres comprometidos con una ideología, que creían en la causa soviética y también en el liderazgo del camarada Stalin. Estos fueron decisivos para organizar la resistencia al asalto nazi. A medida que transcurrió el tiempo, el grupo de partidarios fue creciendo. Venganza, patriotismo e ira por lo que los germanos habían provocado se combinaron con un creciente compromiso con los triunfos del Estado soviético y del Ejército Rojo contra la Wehrmacht. Con el paso del tiempo, el núcleo de partidarios siguió creciendo hasta abarcar sectores cada vez más grandes de la población. Cada vez eran más los ciudadanos soviéticos que consideraban que sus intereses coincidían con los del régimen. La excepción fueron las fronteras occidentales, donde la contienda asumió la forma de múltiples luchas civiles en el marco de la contienda convencional.

El **Capítulo 8** vuelve a esas tierras fronterizas y explora la contra insurgencia en los territorios de reciente adquisición durante los años 1944-1949 antes de abordar la pacificación general de una sociedad marcada por la violencia bélica y desbordada por una terrible oleada criminal. Muestra las dificultades que experimentó el Estado soviético para restablecer su monopolio de la violencia, pero también cómo, en última instancia, logró culminar la misión con éxito.

El **capítulo final** pasa a situar la Segunda Guerra Mundial en el contexto general de la historia soviética y postsoviética. Se pregunta qué impacto tuvo la contienda sobre la sociedad soviética y cómo es recordada en los Estados sucesores tras la ruptura de 1991. De este modo, vincula esta historia al presente, el cual continúa siendo definido por aquella.

### LO MÁS DESTACADO

- **Lo más novedoso:** La ampliación los marcos geográfico y cronológico tradicionales del conflicto, que otorgan a la Segunda Guerra Mundial soviética una dimensión más global.
- **Lo más sorprendente:** A pesar de las purgas, de la represión, de las hambrunas, de las deportaciones... la Segunda Guerra Mundial supuso una poderosa comunión del conjunto de la sociedad ruso-soviética, y la victoria un motivo de orgullo que perdura hasta la actualidad.
- **Lo más polémico:** Industrialización forzosa, colectivización agraria... ¿fueron las implacables políticas de Stalin esenciales para la victoria de la URSS –y por ende de los aliados– frente a la Alemania nazi?





## ENTREVISTA A MARK EDELE

El soviétólogo **Mark Edele**, catedrático de Historia en la Universidad de Melbourne y autor de *Estalinismo en guerra 1937-1949*, responde a nuestras preguntas.

**27 millones de muertos, decenas de miles de ciudades, pueblos y aldeas arrasados; infinidad de fábricas, industrias, granjas y edificios destruidos; millones de personas sin hogar, heridas, mutiladas, traumatizadas... son cifras que hablan por sí solas para entender la dimensión del sufrimiento soviético durante la Segunda Guerra Mundial, y de la formidable relevancia del papel de la Unión Soviética en la derrota de la Alemania nazi, pero creo conveniente abrir esta entrevista insistiendo en ello.**

Sí, el sufrimiento fue inmenso. Por supuesto, no todo el sufrimiento fue causado por los alemanes: la forma en que el régimen estalinista se había preparado para la guerra y la forma en que dirigió su esfuerzo bélico también contribuyeron a ello. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que nadie mató o capturó tantos soldados alemanes como el Ejército Rojo y nadie destruyó tanto equipo alemán como

el Ejército Rojo. En lo que se refiere a la guerra en Europa, los soviéticos fueron el actor fundamental en la victoria aliada.

**Pero su libro no se limita a la cronología ni a la geografía tradicionales de la Segunda Guerra Mundial que sitúan el inicio del conflicto en Polonia en 1939, sino que se remonta a 1937 en China, y alarga su final hasta la culminación de las campañas de contrainsurgencia en 1949. ¿Cómo cambia esto nuestra perspectiva del conflicto?**

Cambia nuestra perspectiva de varias maneras. Una es que la estrategia de Stalin no era inherentemente expansionista. Hizo elecciones estratégicas. Si bien la expansión en Europa fue claramente parte de esta política, en Asia actuó mucho más a la defensiva. Los soviéticos no intentaron explotar las victorias contra Japón en 1938 y 1939, sino que básicamente intentaron mantener sus posiciones en el este. Incluso en 1945, cuando se unieron a la guerra contra Japón, empujaron sus fronteras de manera relativamente insignificante y pronto se retiraron, como también lo hicieron con Irán.

**«En lo que se refiere a la guerra en Europa, los soviéticos fueron el actor fundamental en la victoria aliada».**

Una segunda forma es que enfoca con mayor claridad la contribución de otros aliados a la victoria final soviética. Esto incluye, por supuesto, tanto a Estados Unidos como a Gran Bretaña, quienes apoyaron a los soviéticos a pesar de sus ideologías divergentes. Si bien se habló mucho de “totalitarismo” en los años de entreguerras y de sentimientos anticomunistas muy fuertes tanto en Gran Bretaña como en EE. UU., cuando llegó el momento de la verdad, los gobiernos de ambos aliados vieron claramente a Stalin y al comunismo como el mal menor. Más importante, quizás, es que la recalibración por la que aboga este libro pone de relieve la contribución de China. Desde 1937 hasta finales de 1941 (cuando Estados Unidos entró en guerra) fue China la que empantanó a gran parte del ejército japonés. E incluso una vez que los EE. UU. entraron en la guerra y su marina mantuvo ocupado a Japón, gran parte de las fuerzas terrestres que podrían haber atacado a la Unión Soviética estaban en China. Por lo tanto, el esfuerzo bélico chino contribuyó de manera importante a mantener tranquilo el frente oriental soviético, como esperaba Stalin.

**La mitología soviética de postguerra desarrolló un culto a la Gran Guerra Patriótica en el que Stalin y sus políticas ocupaban un papel pivotal. ¿Qué hay de verdad en ello? ¿desempeñó realmente Stalin y el sistema estalinista un papel determinante en la victoria sobre Alemania?**

Si y no. En primer lugar, mientras que Stalin acertó esencialmente en su estrategia en Oriente (ver mi respuesta anterior), erró terriblemente en Occidente. La incapacidad de distinguir entre fascistas y *tories*, ambas expresiones justas del capitalismo y el imperialismo en la mente marxista de Stalin; la incapacidad de comprender que Hitler se veía arrastrado ideológicamente y planeaba atacar a la Unión Soviética a pesar de no haber ganado la guerra contra Gran Bretaña; el intento de deshacerse de la oposición interna en el derramamiento de sangre de 1937-1938... todas estas decisiones de Stalin tuvieron consecuencias desastrosas en 1941, que casi llevaron a la derrota de los soviéticos a pesar de la enorme superioridad en número de hombres y armas. La intromisión persistente de Stalin en las decisiones militares tampoco ayudó y su reacción inicial a la catástrofe militar fue aún más terror. Sin embargo, a largo plazo, el complejo militar-industrial soviético, resultado directo de la industrialización estalinista, fue la base de la victoria sobre Alemania y Stalin también desempeñó un papel esencial como líder del esfuerzo bélico. Sin embargo, no hizo esto solo, sino con un formidable equipo de colaboradores y basándose en el creciente reconoci-

miento de más y más ciudadanos soviéticos de que su régimen era el mal menor frente a los alemanes.

**Hay historiadores que plantean que la Segunda Guerra Mundial fue más la guerra de Stalin que la de Hitler. ¿Hasta qué punto influyó el líder soviético en los acontecimientos internacionales? ¿Cómo justificó su pacto con Alemania de 1939 para integrarse en los aliados en 1941?**

Estos historiadores son una minoría. Es difícil ver cómo Hitler no habría ido a la guerra, incluso si no hubiera logrado obtener el apoyo de Stalin en 1939. Hitler quería la guerra. Era fundamental para su programa. Para Stalin, el pacto de 1939 fue una elección táctica. Mantendría a los soviéticos fuera de la guerra al menos por el momento. Los alemanes se distraerían de atacar a los soviéticos mientras luchaban contra los aliados occi-

dentales, lo que asumió llevaría un tiempo. Tenemos que recordar nuevamente que para Stalin, Hitler no era esencialmente diferente de cualquier otro estadista “capitalista-imperialista”. Todos ellos eran belicistas y enemigos de su socialismo. Por lo tanto, cualquier alineación con ellos solo podría ser temporal y táctica. A nivel nacional, el pacto se vendió como una iniciativa de paz y una vez que los soviéticos ocuparon el este de Polonia (a partir del 17 de septiembre de 1939), esta agresión se celebró como la liberación de ucranianos y bielorrusos, que sufrían bajo el dominio de clase polaco. En cierto modo, es notable la rapidez con que los aliados lo perdonaron una vez que fue su turno de ser atacado por los alemanes.

**La historiografía soviética ha tratado de minimizar la importancia del préstamo y arriendo en las victorias del Ejército Rojo. ¿Hasta qué punto fueron determinantes las mercancías enviadas a la Unión Soviética por Estados Unidos y el Reino Unido para la victoria en el frente oriental? Desde la diplomacia para su obtención hasta las cadenas logísticas desde los puntos de llegada ¿Cómo gestionó el Estado estalinista estos aportes tanto a nivel de distribución como propagandístico?**

En su momento los soviéticos celebraron la ayuda; y constantemente pedían más. Más tarde, como usted indica, los soviéticos se sintieron un poco avergonzados por la ayuda que habían recibido de “los capitalistas” y, por lo tanto, trataron de restarle importancia. El préstamo y arriendo fue importante porque tapó los agujeros en la producción y el equipo. En 1941, fueron tanques, entregados por Gran Bretaña; más tarde camiones, radios, máquinas herramienta, ropa y comida. Ciertamente ayudaron al esfuerzo de guerra soviético.

**«El complejo militar-industrial soviético, resultado directo de la industrialización estalinista, fue la base de la victoria sobre Alemania».**

Es difícil ver cómo las exitosas operaciones de armas combinadas a gran escala posteriores en la guerra habrían tenido éxito sin las radios suministradas por los EE. UU., que permitieron a los comandantes de los tanques comunicarse con la fuerza aérea, la artillería y la infantería. También es difícil ver cómo los soviéticos podrían haberse movido tan rápido después de 1943 sin los camiones suministrados por Estados Unidos. Pero, ¿habrían perdido la guerra sin estos suministros? Improbable. La guerra fue ganada en gran parte por el pueblo soviético y el material de producción nacional.

**Al término de la Gran Guerra Patriótica, la URSS nacida de la Revolución había expandido sus dominios mucho más allá de las antiguas fronteras zaristas en el norte, en el sur, en el este y en el oeste. ¿Cómo transformó las políticas de Moscú la necesidad de gobernar este nuevo imperio soviético?**

Al final de la guerra, el sistema de gobierno revolucionario se había convertido en un imperio. Y se había vuelto mucho más ruso en su perspectiva e ideología de lo que era antes (este es un cambio que comienza en la década de 1930, pero se hizo realidad durante la guerra). El imperio se dirigía en un sistema de dos niveles, el imperio interior de las regiones que formaban parte de la URSS administrado directamente por Moscú, y el imperio exterior de los países satélites gobernado por representantes comunistas locales. Sin embargo, no se debe exagerar este cambio, ya que tanto el gobierno de las repúblicas de la Unión dentro de la Unión Soviética (Ucrania, por ejemplo, un modelo expandido durante la guerra a las tres repúblicas bálticas) como los satélites (Mongolia) precedieron a la guerra. El Estado también siguió siendo extremadamente represivo y la economía continuó funcionando según las líneas establecidas en la década de 1930. En cierto modo, los años de la posguerra fueron testigo de cómo se deshacía la evolución que había experimentado el sistema durante la guerra. Fue solo más tarde, bajo los sucesores de Stalin, cuando los métodos de gobierno evolucionaron hasta cierto punto alejándose de la represión y tratando de proporcionar bienestar a la población.

**Mucho se ha hablado del proceso de industrialización de preguerra que permitió a la URSS imponerse a Alemania, pero poco del proceso de reconstrucción de posguerra de un país que como comentábamos al principio, había quedado devastado. ¿Existe algún paralelismo entre ambos?**

Sí, hay paralelismos. Uno es la colectivización. Durante la guerra, el régimen de los koljoses se debilitó, de forma especialmente drástica en partes de los territorios ocupados, pero también hasta cierto punto en el inte-

rior. Después de la guerra, el sistema fue reconstruido, más o menos siguiendo las líneas anteriores a la guerra. Donde no existían colectivizaciones (en los países bálticos y gran parte de las “tierras fronterizas occidentales” recién adquiridas de Bielorrusia y Ucrania), se impusieron. El sistema económico también se reconstruyó siguiendo las líneas anteriores a la guerra, se suprimió el mercado negro de los años de la guerra (a pesar de las voces en el Ministerio de Finanzas que pensaron que debería legalizarse y luego gravarse). Y tras un breve intento de pasar de la industria pesada a la producción de bienes de consumo, la Guerra Fría alentó el regreso a la economía dirigida de los años anteriores a la guerra, que priorizaba la industria pesada y la producción militar. Si bien algo de esto cambió más tarde, los fundamentos se mantuvieron: una economía dirigida centralizada y una agricultura colectivizada. La victoria convenció no solo a Stalin sino también a la élite política en general de que el sistema económico desarrollado en la década de 1930 era sólido. “Cimentó” esta economía dirigida en un momento en que en otros lugares prevalecían sistemas de producción y distribución mucho más flexibles.

**«Al final de la guerra, el sistema de gobierno revolucionario se había convertido en un imperio. Y se había vuelto mucho más ruso en su perspectiva e ideología de lo que era antes».**

**En el prefacio a esta edición, escrito durante la actual guerra de Ucrania, habla cómo las lecciones de la Segunda Guerra Mundial obsesionan a Putin. ¿Qué papel representa el culto a la memoria de la Gran Guerra Patriótica en la Rusia actual? ¿Es de algún modo la Unión Soviética de Stalin el espejo**

**donde pretende mirarse el presidente ruso?**

El culto a la guerra está en todas partes. Es la única cosa en la que todo el mundo parece poder estar de acuerdo y estar orgulloso. Cambia la forma en que la sociedad rusa habla de la guerra en Ucrania (es una “guerra contra el fascismo”, etc., etc.). Con frecuencia, Putin establece paralelismos directos, y cuando se impusieron las sanciones, la reacción oficial (y una buena parte del público) fue: “bueno, hemos visto cosas peores”. El problema, por supuesto, es que la sociedad rusa contemporánea no se parece en nada a la Unión Soviética de Stalin: no es una economía de guerra en gran medida autárquica basada en una severa represión de toda la sociedad y en la movilización de todos para la guerra. Putin claramente teme la movilización masiva, porque podría desatar la desobediencia; la industria militar rusa depende de las cadenas de suministro internacionales de una forma en que la estalinista no lo hacía; y, por supuesto, hay menos aliados hoy que en 1941.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos  
Prefacio a esta edición

## **INTRODUCCIÓN:**

*EL ESTALINISMO EN GUERRA, 1937-1949*

### **CAPÍTULO 1**

Preparativos bélicos

### **CAPÍTULO 2**

El inicio de la guerra en oriente, 1937-1939

### **CAPÍTULO 3**

La guerra en el oeste, 1939-1940

### **CAPÍTULO 4**

Armagedón, 1941-1942

### **CAPÍTULO 5**

Recuperación, 1941-1942

### **CAPÍTULO 6**

Triunfo, 1943-1945

### **CAPÍTULO 7**

Guerra de ideologías

### **CAPÍTULO 8**

La guerra después de la guerra, 1944-1949

### **CAPÍTULO 9**

Impacto y consecuencias

Apéndice. Mapas

Bibliografía

Índice analítico



# DOSIER DE PRENSA



# CAPÍTULO 1

## UN MARCO PARA EL DESASTRE

### PREPARADOS ¿O NO?

Así pues, ¿logró Stalin lo que se había propuesto en 1931? Esto es, ¿consiguió cerrar la brecha económica que le separaba de los países capitalistas, construir un Estado bélico capaz de resistir la acometida de la moderna e industrializada guerra de masas? En 1945, a muchos, dictador incluido, les pareció que sí. En los años treinta del siglo XX los soviéticos habían construido, más o menos desde cero, una poderosa maquinaria bélica; acumularon cantidades inmensas de armas y máquinas; entrenaron civiles para la inminente conflagración y formaron el mayor ejército terrestre del mundo. Entre 1937 y 1945 vencieron en todos los enfrentamientos militares en los que participaron, con independencia de la pobre actuación contra Finlandia o la catástrofe de la segunda mitad de 1941. La primera revolución desde arriba de Stalin, la de 1928-1932, había edificado un enorme Estado militar en el que todo y todos estaban orientados a los preparativos bélicos. La colectivización forzosa y la industrialización acelerada centrada en la industria pesada no habían creado abundancia, ni cohesión social, ni lealtad generalizada o una economía planificada que funcionase. Sin embargo, había dado poder al Estado sobre las principales palancas de control de la vida económica, la capacidad de confiscar la mayor parte de la producción agrícola para distribuirla según le conviniera y la capacidad de producir en masa equipos militares estandarizados y en cantidades prodigiosas. El enorme aparato policial suprimía toda oposición y un departamento propagandístico no menos grande martilleaba a la población con sus mensajes. Este Estado bélico no era particularmente eficiente. Pero era efectivo: podía movilizar para la guerra y cumplir su misión, aunque fuera a un coste increíble.

Al mismo tiempo, algunos de estos preparativos bélicos estalinistas resultaron contraproducentes. El sometimiento del campesinado mediante la colectivización y la expropiación de los granjeros acomodados en 1929-1932, así como la hambruna subsiguiente de 1932-1933, habían creado un enorme grupo de ciudadanos de segunda, muy descontentos y que no era nada probable que arriesgaran la vida por el régimen. Incluso los obreros industriales, en cuyo nombre gobernaba Stalin, no estaban nada satisfechos con su situación. Aún más desastrosa fue la segunda revolución desde arriba de Stalin: el Gran Terror de 1937-1938 tenía como objetivo eliminar

cualquier posible oposición que pudiera desafiar al régimen durante la próxima contienda. En lugar de ello, creó el caos productivo, ya que gestores e ingenieros desaparecieron en celdas y campos de trabajo, socavó gravemente la capacidad del cuerpo de oficiales de dirigir al Ejército Rojo y sembró la confusión incluso en la esfera ideológica, pues hubo que reemplazar a todo un panteón de héroes. En consecuencia, la Unión Soviética estaba mejor preparada para la guerra a primeros de 1937 que en 1940.

Es más, los enemigos a los que se enfrentaba el país de Stalin eran, en comparación, relativamente menores. La guerra de 1938-1939 contra Japón fue librada por una subsección del grupo de ejércitos que guardaba Manchuria (el Ejército de Kwantung), no por el conjunto de las fuerzas terrestres niponas, que estaban ocupadas en China. Polonia ya estaba derrotada cuando los soviéticos la invadieron el 17 de septiembre de 1939 y el hecho de que la diminuta Finlandia plantease obstáculos es algo en todo punto remarcable. Incluso Alemania era un país relativamente pobre en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de sus notables ingenieros, su disciplinada fuerza laboral y su ejército, bien entrenado y profesional. Si bien el alemán medio era más rico que el soviético medio, esto no era así para el tamaño de las respectivas economías: aquí, la Unión Soviética tenía una ligera ventaja sobre su enemigo. ¿Qué habría ocurrido si los soviéticos hubieran tenido que combatir de verdad contra el «cerco capitalista» al que afirmaban enfrentarse? Por fortuna para Stalin, sus ideas acerca de «los imperialistas» y los «capitalistas» eran erróneas, pues el centro del capitalismo mundial –Estados Unidos de América, con un PIB de más del doble que el de la Unión Soviética– no atacó al «primer país socialista». Y, cuando llegó esta confrontación en 1945, Stalin contaba con el prestigio de la victoria y pronto dispuso de la bomba atómica. Esta conflagración habría de ser fría, librada a base de amenazas e intimidación mutua.

En conclusión, estamos ante una paradoja: la maquinaria bélica soviética era efectiva aunque no eficiente. Cuando estalló la guerra total, los soviéticos no estaban preparados. Pero estaban acostumbrados a no estar preparados: la experiencia de la década de 1930 había fomentado una cultura de improvisación que familiarizó a dirigentes y ciudadanos ordinarios con la inventiva necesaria en épocas de guerra. Los soviéticos iban a necesitar hasta la última de estas enseñanzas en la segunda gran conflagración bélica.



# DOSIER DE PRENSA

# CAPÍTULO 4

## ARMAGEDÓN, 1941-1942

### LOS ORÍGENES DE LA CATÁSTROFE

Si Stalin responsabilizó del desastre a los demás, los historiadores soviéticos posteriores la atribuyeron a la superioridad germana. Lo cierto es que ni uno ni otro fueron los causantes de la catástrofe del verano de 1941. En primer lugar, tenemos lo que un historiador denominó «el mito de la superioridad alemana»: en conjunto, los tres *Heeresgruppen* alemanes sumaban 3,5 millones de soldados, más de 3000 carros, 600 000 vehículos motorizados, 7000 piezas de artillería y más de 2700 aviones. Los germanos recibían el apoyo de fuerzas rumanas, eslovacas e italianas en el sur y en el norte de los finlandeses, que dieron inicio el 25 de junio a su «Guerra de Continuación» contra la Unión Soviética. Un día después, Hungría sumó otros 25 000 efectivos, que pasaron a formar parte del Heeresgruppe Süd. Ese mismo año, tropas croatas se unieron al esfuerzo bélico germano, así como voluntarios de todo el oeste de Europa, entre ellos la célebre «División Azul» española. En el transcurso de toda la campaña, sirvieron con la Wehrmacht casi 4 millones de combatientes extranjeros, de los cuales algo menos de una cuarta parte procedía del oeste y del norte de Europa; el resto se distribuía a partes iguales entre colaboracionistas soviéticos y del este de Europa.

Por tanto, Hitler había reunido un contingente ofensivo impresionante, aunque los soviéticos tampoco se habían quedado atrás, como puede verse en el gráfico: casi 5 millones de soldados, 77 000 piezas de artillería, más de 22 000 carros y alrededor de 20 000 aviones de combate. Por supuesto, no todos estos efectivos y material estaban disponibles en el oeste: el posible frente oriental contra Japón continuaba atrayendo la atención de los soviéticos. A pesar de ello, con solo desplegar en el frente oeste la mitad de sus efectivos de combate, los soviéticos seguían superando en número a los alemanes. La gran ventaja germana en el verano de 1941 fue la superioridad táctica, basada en un excelente entrenamiento y en las rutinas adquiridas en las campañas libradas desde 1939.

Los soviéticos, por el contrario, estaban mal preparados para el ataque, pues Stalin se había negado hasta última hora a que los militares hicieran lo obvio. Buena parte del equipamiento estaba anticuado, desplegado en el lugar erróneo y con un pobre mantenimiento. Muchas de las dotaciones carecían de entrenamiento suficiente. Algunos de los mejores mandos habían perecido en el Gran Terror y los sustitutos estaban todavía adaptándose a sus nuevos puestos. El grueso de la tropa eran campesinos sin ninguna motivación para defender la Unión Soviética de Stalin: incorporados a la fuerza a partir de 1929 en las granjas colectivas, habían sido exprimidos durante el resto de la década para crear reservas estratégicas de grano. «Los temas de conversación básicos entre soldados –escribió Konstantín Pétrovich Bunín, un profesor recién movilizado que marchaba con campesinos de 40 a 50 años de edad– es



Los alemanes atacan la Unión Soviética, 22 de junio de 1941.

que les tratan como carne de cañón y que van como cordeles camino de la matanza». Planeaban rendirse a la primera oportunidad y no creían los reportes de la prensa soviética del maltrato alemán a los prisioneros. No respetaban a sus comandantes, los cuales eran «nada más que muchachos, recién salidos del pupitre de la escuela». Estos, obligados a comandar en combate a soldados sin ninguna instrucción, recurrían a amenazar con el fusilamiento a unos hombres mucho mayores que ellos y a espetarles procacidades. La inmensa mayoría de la tropa carecía de «entrenamiento en combate moderno –señaló Bunín–. En mi vida he disparado un fusil».

Tales eran los combatientes que se enfrentaron a un enemigo que controlaba los cielos, cercaba a las unidades soviéticas en enormes pinzas y liquidaba los «calderos» resultantes con metódica letalidad. La rendición, como no podía ser de otra manera, fue un fenómeno de masas en el verano y otoño de 1941. Durante este primer medio año de guerra con los soviéticos, la Wehrmacht capturó el 58 por ciento del número total de prisioneros que hizo durante la contienda. Los alemanes también recibieron a más desertores que en ningún otro frente: hombres que no se limitaban a rendirse de forma pasiva, sino que cruzaban por propia iniciativa la línea del frente para escapar a la máquina bélica de Stalin y, en ocasiones, para combatir del lado de los alemanes.



# CAPÍTULO 5

## RECUPERACIÓN, 1941-1942

### EL ROSTRO FEMENINO DE LA GUERRA

A pesar de la visibilidad (y del terror existencial que suscitaban en numerosos hombres alemanes tener que enfrentarse a féminas armadas y letales), los 0,8 millones de mujeres militarizadas no era lo habitual para las de su sexo. Si bien las mujeres uniformadas sirvieron en todo tipo de roles, desde francotiradoras a telefonistas, con una participación particularmente elevada en los servicios sanitarios, la mayoría de sus hermanas fueron movilizadas no para combatir, sino para trabajar: en la industria, en las granjas colectivas o en las estatales, donde reemplazaron a los varones enviados a la picadora de carne del Ejército Rojo. Entre 1940 y 1943, la fuerza de trabajo femenina de la agricultura creció del 38 al 57 por ciento. A finales de 1944, un 53 por ciento de la mano de obra fabril, el 59 por ciento de los empleados gubernamentales y el 62 por ciento de los trabajadores del comercio eran mujeres. Tan solo el transporte (que estaba militarizado en parte) y la construcción empleaban más hombres que mujeres. La feminización más espectacular se dio en las granjas colectivas, que se quedaron sin hombres: tres quintas partes de los recursos humanos del Ejército Rojo procedía de las aldeas, las cuales «se convirtieron en dominio reservado de mujeres, niños, pensionistas y evacuados».

Las granjas colectivas cada vez estaban más habitadas por mujeres, niños y hombres ancianos o discapacitados. Entre 1941 y 1945, las aldeas del corazón soviético no ocupado perdieron como mínimo un 63 por ciento de la población adulta sana. Si al inicio de este periodo el 52 por ciento de la fuerza de trabajo de la aldea se componía de mujeres, hacia enero de 1945 este porcentaje había crecido hasta el 80 por ciento. Los escasos hombres que regresaron antes de que empezase la desmovilización masiva habían sido licenciados por discapacidad. A menudo, no podían trabajar en absoluto y solo podían acometer tareas subsidiarias. Eran las mujeres las que hacían el trabajo, las que tenían que enfrentarse a unas condiciones catastróficas: además de a sus hermanos, maridos y padres, el Ejército también se había llevado las bestias de tiro y los escasos tractores disponibles. Como recordó la koljosiana Ulianova, de la región de Moscú, los resultados fueron realmente aterradores, incluso con arreglo a los bajos estándares de la agricultura estalinista. «Durante la guerra teníamos que tirar del arado nosotras mismas –evocó–. Nueve o diez mujeres se uncían y tiraban [...] y otra mujer, o un muchacho, caminaba detrás del arado».

Mientras tanto, en las ciudades se reclutaban mujeres para excavar trincheras o construir fortificaciones. «Construimos barricadas anticarro [...] con palancas, palas, picos, trabajando doce horas diarias –escribió Valentina Bushueva, movilizada en Leningrado inmediatamente después del

ataque germano–. El régimen era muy duro y exigente: cincuenta minutos de trabajo, diez minutos de descanso. Luego venía el siguiente turno y así uno tras otro. Después los alemanes empezaron a tirarnos bombas, por lo que dejamos aquello antes de lo previsto».

Por descontado, muchas siguieron con sus roles de preguerra en la administración, educación o atención sanitaria. También empezaron a asumir la presidencia de granjas colectivas u otras posiciones de relativo poder en los puestos inferiores de la jerarquía estatal y del partido. Sin embargo, este cambio de estatus de las mujeres no fue tan espectacular como en otros países beligerantes. En la Unión Soviética, la presencia femenina en la fuerza laboral no era ninguna novedad: el primer plan quinquenal ya se había encargado de que así fuera. Ya en 1934, las mujeres conformaban el 37 por ciento de la mano de obra fabril y en 1940 la fuerza de trabajo fuera de las granjas colectivas también había seguido esa misma pauta, con un 38 por ciento. La guerra elevó ese porcentaje hasta el 55 en 1945. Pero, al contrario que en otros confines de Europa, esta feminización fue la continuación de una tendencia de preguerra, no un cambio radical.

Además de trabajar en una factoría o empresa, las urbanitas solían cuidar de los huertos que proliferaban por doquier para alimentarse tanto ellas como sus familias. «Trabajaba en el turno de noche en la fábrica –observó la obrera Sivakova–. A menudo era así: acababas de trabajar, descansabas dos o tres horas y luego directa al huerto. Con el aire fresco –añadió optimista–, el cansancio desaparecía». No cabe duda de que estos turnos dobles y la privación de sueño causaron estragos.

Por tanto, eran las mujeres las que soportaban la carga principal de mantener vivas a la familia truncada, ya fuera en casa, durante la huida o evacuación, o en el exilio interior. Este papel recaía muchas veces en mujeres jóvenes, cuya familia había sido despojada de varones por el Ejército, o privadas de padres por el terror. Inna Gaister no había cumplido 16 años cuando estalló la guerra. Estaba de visita a su madre en un campo de concentración en Akmólin, donde había sido confinada por ser esposa de un «enemigo del pueblo». El padre de Inna, un alto cargo soviético, había sido detenido y ejecutado en 1937; muchos otros miembros de la familia corrieron la misma suerte. Otros parientes no podían o no querían ayudar a Inna, a sus dos hermanas menores, Natalia y Valeria, y a su primo Igor, que tenía más o menos su misma edad, con lo que, al regresar a Moscú, tuvo que enfrentarse ella sola al pánico provocado por la llegada de los alemanes. Empezó una odisea con los niños. Primero viajaron a una granja estatal situada a tres días de Irbit, en la región rusa de Sverdlovsk, donde no pudieron hallar ni trabajo ni alimento. Después fueron a Ufa, unos

700 kilómetros al sudoeste, en Baskiria, donde Inna sobrevivió a un acceso severo de tifus, y desde ahí a Ferganá, Uzbekistán, 2500 kilómetros al sudeste, donde les faltó poco para morir de inanición. Cuando por fin pudieron retornar a Moscú, tanto Valeria como Igor habían perecido a causa de

las penurias de la evacuación. Inna, sin embargo, consiguió regresar a casa con su hermana mediana. Logró ponerse al día en los estudios mientras trabajaba a jornada completa e ingresó en la Universidad Estatal de Moscú poco después del fin de la contienda.

## CAPÍTULO 6

# TRIUNFO. 1943-1945

### LA ECONOMÍA DE GUERRA

¿Cómo pudo el Estado estalinista ganar la guerra en Europa? La respuesta breve es económica: desde el inicio de la contienda, la Unión Soviética tenía más hombres, y muchas más máquinas, caballos y cañones (*vid.* gráfico pág. 88). Solo una rápida victoria en 1941 habría podido salvar a Alemania de la derrota. Una vez que la Operación Barbarroja fracasó en su objetivo de destruir al Ejército y al Estado soviéticos, los alemanes habían perdido la contienda.<sup>25</sup> Hasta 1944, la economía soviética superó con creces la producción germana para reemplazar pérdidas y equipar nuevas divisiones. Las cifras de la Tabla 1 muestran que, en 1942, los soviéticos producían dos veces más aviones de combate, tres veces más fusiles, subfusiles, ametralladoras y piezas de artillería y cuatro veces más carros y cañones de asalto que los alemanes. Con el tiempo, la capacidad germana fue en aumento y las ratios descendieron, pero, incluso en 1944, la producción alemana de ametralladoras y artillería solo superaba ligeramente a la soviética, mientras que ambas cadenas de producción suministraron el mismo número de fusiles y aviones de combate. La excepción más notable fueron los carros, pues aquí los soviéticos mantuvieron la ventaja (*vid.* gráfico pág. 140).

La economía centralizada y dirigida que había construido el equipo de Stalin en los años treinta del siglo XX no era muy eficiente, pero sin duda era efectiva. No funcionó como habían ideado los entusiastas de la economía planificada (*vid.* Capítulo 5), pero produjo no solo en mayores cantidades, sino también un equipamiento mucho más estandarizado que la Europa bajo ocupación nazi. Los alemanes y sus aliados invadieron la URSS con una variopinta fuerza que incluía carros alemanes, franceses y checos. Las máquinas alemanas tenían una inverosímil variedad de modelos. Si uno se averiaba no era fácil repararlo canibalizando otro Panzer fuera de combate. Suministrar piezas de repuesto a este complejo parque automovilístico en las profundidades de Eurasia planteaba terribles problemas. Por el contrario, el Ejército Rojo estaba dotado de grandes cantidades de un número limitado de modelos, lo cual hacía mucho más fácil el reemplazo y mantenimiento.

La superioridad económica soviética quedó demostrada de forma palpable durante 1941. En la segunda mitad del año, la producción se desplomó, pues buena parte de la in-

dustria bélica soviética estaba destruida, en manos alemanas o viajaba desmantelada en trenes rumbo al este. En noviembre, el enemigo había ocupado territorios que albergaban dos quintas partes de la población de preguerra y generaba un tercio de la producción industrial, que incluía al menos la mitad de armamentos. Aun así, ese año, los soviéticos produjeron entre 1,5 y 2 veces más equipamiento, si bien la mayoría antes del ataque germano (*vid. supra* gráfico). Al año siguiente, una vez recuperó la capacidad productiva, la industria bélica de la Unión Soviética remontó el vuelo (*vid.* Tabla 1).

Por ello, podemos ver que la evacuación de personas y máquinas, que tanto habían contribuido al caos de 1941, fue la medida que ganó la guerra, a pesar de todas las pérdidas, el despilfarro y la resistencia que encontraron los equipos de desmantelamiento. Las 2593 empresas que en diciembre de 1941 habían sido despachadas al este supusieron, a la postre, «un traslado permanente al Este del centro de gravedad de la industria soviética de defensa». En el primer año de la contienda, el porcentaje de las regiones orientales en la producción bélica pasó del 19 al 76 por ciento. Hacia marzo de 1942 producían tanto equipo militar como el conjunto de la economía soviética antes del ataque alemán. Pero hubo otras industrias que también se trasladaron al este. Hacia 1942, todo tipo de productos, desde acero a tractores o electricidad eran producidos en el oriente del imperio. Esta reordenación geográfica fue «un logro indispensable, sin el cual el Ejército Rojo no habría tenido nada con que luchar en 1942».

Una vez reensamblados suficientes equipamientos evacuados, movilizaba nueva capacidad productiva, debido a la conversión de industrias civiles en factorías de armamento, y construidas nuevas empresas, la producción industrial soviética superó múltiples veces a la de Alemania hasta estabilizarse en 1943. Con la población cada vez más exhausta a causa de la malnutrición, las graves pérdidas y las duras condiciones de vida y trabajo la economía soviética tocó techo. En 1944 la producción empezó a declinar justo en el momento en que Alemania y la Europa bajo su control había por fin emprendido la movilización bélica total.

Si los soviéticos pudieron producir tanto se debió al tamaño del país y de su población, así como a la abundancia de recursos y al sistema industrial instaurado en la década de 1930. Pero lo que consiguió lograrlo fue el sistema dicta-



torial asociado a la economía dirigida: el liderazgo soviético podía conseguir niveles de movilización de trabajo y de supresión de consumo civil inconcebibles en ningún otro lugar. Podía obligar a la gente a trabajar a pesar de los tremendos sufrimientos y el hambre generalizada. La escasez de alimentos obligaba a las personas a participar en el esfuerzo bélico: si entre el 68 y el 79 por ciento de las calorías

necesarias para mantenerse con vida procedía de las reservas bajo administración central, y si las cartillas de racionamiento necesarias para acceder a esos bienes esenciales estaban vinculadas al empleo, en verdad era irrelevante si uno estaba de acuerdo o no con el régimen, la ideología, o los objetivos bélicos. O participabas del esfuerzo de guerra como soldado u obrero o morías de hambre.

## CAPÍTULO 7 GUERRA DE IDEOLOGÍAS

### EL APOYO AL RÉGIMEN

A medida que el Ejército Rojo aprendía a combatir, también iba siendo respaldado por segmentos cada vez más amplios de la población. Al comienzo de la guerra, hubo muchos que apostaron por más de una opción. ¿Quizá el régimen sovié-



Imagen propagandística, con un niño en primera fila, de partisanos soviéticos después de una operación exitosa en 1943. Después de la guerra, los éxitos de los partisanos fueron celebrados como ejemplos de la lucha unida del pueblo soviético contra los ocupantes, así como el papel dirigente del Partido Comunista en esa lucha. A menudo, la realidad era muy diferente.

tico estaba acabado? ¿Tal vez los alemanes venían como libertadores? En el verano de 1941, la población civil recibió a los invasores con el pan y la sal (el símbolo tradicional de bienvenida). Se arrojaron flores y las jóvenes besaban a sus «libertadores».

No obstante, desde el principio hubo disonancias, como revela un reporte de la policía secreta de campaña del 3. Panzergruppe, en el área de operaciones del Heeresgruppe Mitte:

En las regiones ocupadas por el 3. Panzergruppe, el trato de la población con los soldados alemanes es amistoso en todas partes. Entregan comida de buen grado, si es que tienen algo. En todas partes se dice que la población está contenta de haber escapado al sistema bolchevique. No obstante, ha habido protestas contra la conducta de algunos soldados germanos. La gente se queja de requisas indiscriminadas, sacrificio de ganado y destrucción del interior de viviendas.

Es más, los crímenes contra la propiedad no eran el único problema. «También hemos recibido protestas –añade lacónico el mismo informe– porque soldados alemanes tratan de entrar en las casas por la noche, para violar mujeres».

A pesar de este primer anticipo de lo que sería la vida bajo la ocupación, en general los alemanes fueron recibidos de forma amistosa en todas las tierras fronterizas occidentales que acababan de padecer el terror rojo que caracterizó a la primera ocupación soviética. Este recibimiento de buen grado tampoco faltó en otros lugares: en una localidad cercana a Leningrado, el autor de un diario se preguntó el día de la invasión si la «liberación» estaba cerca. Era imposible que los alemanes fueran peores que la dictadura del país.<sup>2</sup> En Siberia, recordó un testigo, un grupo de jóvenes movilizados «cantaban en voz alta, anunciando alegres que iban a rendirse».<sup>3</sup> Incluso en la lejana Taskent la gente esperaba a los alemanes. «La mayoría de los uzbekos está firmemente convencido de que serán libres cuando llegue Hitler», recordó un evacuado. Estos «serían liberados del comunismo [...] aunque es una pena que tenga que morir toda esa gente [judía] tan

amable que ha venido».<sup>4</sup> En los campos de la República de Komi, en el Extremo Norte, la expectativa de que Hitler liberase a los prisioneros se mantuvo viva hasta bien entrado 1944.

El régimen fue salvado por una importante minoría que acudió en defensa de la bandera roja. Este grupo fue creciendo con el transcurso de la contienda. El 22 de junio de 1941, una estudiante de secundaria de 17 años de edad reseñó en su diario el estallido de la guerra. Hasta ese momento, sus escritos personales habían sido ocupados en exclusiva por angustia adolescente, problemas con chicos, preocupación por exámenes de trigonometría y anhelos de amistad y belleza vital. Pero, entonces, ella escribió:

A las 12 en punto escuché por la radio la alocución de Mólotov. ¡Alemania está bombardeando nuestra tierra! [...] El país está en peligro. ¡Cuánto me conmovió este discurso! Mi corazón me salía del pecho de la emoción. El país moviliza sus fuerzas. ¿Me quedaré tan tranquila en casa? ¡No! Una debe ser útil a la madre patria. Ayudarla en su hora de necesidad con todo lo que se pueda. La victoria debe ser nuestra.

Ina Konstantínova se incorporó a un ambulatorio médico para ayudar a cuidar soldados heridos mientras continuaba los estudios. Poco después, fue evacuada con su madre a Perm, en los Urales, pero regresó el 9 de febrero de 1942. A su vuelta, supo que su novio había muerto a causa de las heridas sufridas en combate. Ese mismo día, la afligida joven se presentó voluntaria para el frente. La carta que remitió a la oficina de reclutamiento militar decía:

¡Querido camarada!

Acudo a usted con una petición, la cual espero pueda satisfacer. Le pido que me acepte en las filas del ejército de campaña. Deme cualquier trabajo, cualquier tarea, haré todo lo posible por justificar la confianza que deposite en mí. Pronto cumpliré dieciocho años. He completado los cursos de auxiliar médico. He trabajado todo el otoño en el hospital. Soy buena tiradora.

¿No me necesitan en el frente? ¿Quizá pueda trabajar en un hospital de campaña? O envíeme a una unidad partisana. Solo deme una oportunidad de combatir a los alemanes.

El 8 de abril, su espera impaciente terminó. «¡Qué felicidad! –anotó en su diario. –¡Qué feliz soy, qué feliz, qué feliz, feliz, feliz!! ¡La vida nunca ha sido tan bella! Hoy me han admitido para operar tras las líneas alemanas. ¡Estoy en el cielo! ¡Oh, qué feliz soy!». Menos de dos años más tarde, el 4 de marzo de 1944, Ina Konstantínova tuvo una muerte heroica mientras cubría la retirada de sus camaradas de una emboscada del enemigo. Tenía 19 años de edad.

Su determinación para derrotar al enemigo no era un caso excepcional. Las jóvenes acudían a los centros de reclutamiento en masa a intentar alistarse en defensa de la patria socialista, al igual que los hombres, tanto los jóvenes como los viejos. Los adolescentes que eran rechazados por los oficiales de reclutamiento se incorporaban a brigadas de bomberos, organizaban unidades de defensa civil y trataban de presentarse voluntarios en el Ejército. Había niños que se unían a las unidades del Ejército en retirada, que los «adoptaban» como mascotas.

## CAPÍTULO 9

# IMPACTO Y CONSECUENCIAS

### LA CONMEMORACIÓN DE LA GUERRA Y DEL SISTEMA SOVIÉTICO

El argumento en el que insistió Stalin tras la contienda –esto es, que se consiguió ganar la guerra gracias al sistema estalinista creado en la década de 1930 y que todos eran leales a este modelo y a su líder– fue reafirmado por todos los sucesores. Incluso el «discurso secreto» de Nikita Jrushchov de 1956, con todas sus críticas al difunto dictador y su Culto a la Personalidad, insistía en que la línea política siempre había sido correcta. Sin la colectivización y la industrialización forzadas, escribió, «hoy no tendríamos una poderosa industria pesada, ni granjas colectivas, estaríamos débiles e indefensos contra el cerco capitalista».<sup>37</sup> Las reformas jrushchovianas de los años cincuenta y primeros sesenta del siglo XX permanecieron dentro de los límites de las ideas debatidas por los dirigentes soviéticos durante la posguerra, pero no habían

podido implementarse porque Stalin no aceptó ninguna de esas ideas modernas. «El liderazgo jrushcheviano –escribió un historiador–, preservó casi por completo la estrategia de construcción comunista formulada durante el periodo de la inmediata posguerra».

La victoria del sistema estalinista fue celebrada por un culto a la guerra que se convirtió en uno de los pilares principales del orden cultural y social tardosoviético. Este no solo conmemoraba la contienda, sino también la victoria del sistema soviético. Bajo el mandato de Leonid Brézhnev, sucesor de Jrushchov en el cargo de primer secretario (más tarde secretario general) del Partido Comunista, el culto bélico aumentó en intensidad y propagó su mensaje de forma aún más ruidosa. La guerra se convirtió en el gran triunfo de la Unión Soviética y empezó a desplazar a la revolución de la categoría de mito fundacional. Aquello que había hecho posible ganar la contienda –el sistema soviético– pasó a ser



sacrosanto. La victoria, por tanto, era la prueba de que la revolución de Stalin había sido correcta y remarcar este último punto era una de las misiones del culto bélico soviético.

Por supuesto, para los soviéticos, «la guerra» significaba la Gran Guerra Patriótica (*Velikaia Otechestvennaia voina*), esto es, la victoriosa contienda defensiva contra Alemania de los años 1941-1945. Las otras etapas más problemáticas de la Segunda Guerra Mundial soviética fueron ignoradas, en particular, el tiempo que permanecieron en el mismo bando que la Alemania hitleriana, en 1939-1941. Este relato también requería suprimir los recuerdos de ocupación, no de liberación, todavía presentes en los países bálticos y en los antiguos territorios polacos, los errores colosales de Stalin en 1941, la represión, el hambre, la explotación y la brutalidad, así como aquellos casos en los que los soldados soviéticos fueron agresores y no víctimas, criminales de guerra y no defensores heroicos de mujeres y niños. Todas estas historias desafiaban y ensombrecían el relato oficial, pero hasta la década de 1980 quedaron circunscritas a conversaciones en voz baja con familia y amigos íntimos y a memorias e historias impresas fuera de la órbita soviética (que podían ser calificadas, si alguien tenía acceso a ellas, de propaganda antisoviética).

El relato oficial tenía variantes locales, pero todas seguían una misma pauta. Este experimentó una serie de alteraciones en estricta correlación con la evolución del clima político. Con Jrushchov (1953-1964) se eliminó el rol dirigente de Stalin, que fue cuidadosamente reinsertado en la etapa de Brézhnev (1964-1982). Durante el secretariado general de este, el culto bélico alcanzó nuevas cotas de pomposidad. Con Mijaíl Gorbachov (1985-1991) el relato fue desestabilizado por la atmósfera de mayor libertad, que permitió

que se oyeran voces críticas. De hecho, durante esos años y los que siguieron, emergió un contramito integral, que solo subrayaba los aspectos oscuros y el carácter criminal del esfuerzo bélico soviético.

Esos años, y en particular las tres décadas que siguieron al desmembramiento de la Unión Soviética (1991), fueron testigos de un resurgir de la memoria reprimida de las regiones. En los países bálticos y en Ucrania se rememoraron los crímenes soviéticos de la ocupación de 1939-1941 y los que vinieron a partir de 1944, con el restablecimiento del poder soviético y la «liberación»; las luchas de los Hermanos del Bosque, la OUN y el UPA; la participación de los locales en el genocidio de los judíos y en la limpieza étnica de polacos o ucranianos. De igual modo, hubo muchos en Rusia que, con el decidido apoyo del Estado, trataron de salvar la vieja historia de la gesta heroica de la Gran Guerra Patriótica, aunque en ese momento como una hazaña del pueblo ruso, no del sistema soviético. Otros, en Ucrania, Letonia, Lituania y Estonia, también con el respaldo de sus respectivos Gobiernos, así como de historiadores y activistas extranjeros, construyeron relatos nacionales basados en su papel de víctimas de Hitler y Stalin y en la resistencia nacional contra el totalitarismo. En el sentido técnico de la palabra, la mayoría de tales historias, salvo alguna que otra falsificación descarada, no eran «incorrectas». Pero todas estaban incompletas, pues solo se centraban en los aspectos de la guerra soviética útiles para los propósitos políticos del momento presente. En cierto modo, este libro es un intento de restablecer, al menos en parte, la complejidad de la historia real de la Segunda Guerra Mundial soviética. Por tanto, rechaza tomar partido en las contiendas historiográficas actuales que ponen en peligro las relaciones pacíficas entre las naciones de Eurasia.



### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

